

Sopa inglesa

El tanque de agua 4

María Inés Falconi

Ilustraciones de María Jesús Álvarez

loqueleo

CAPÍTULO 1

25 DE FEBRERO DE 20...

Ahí estaban, en la terraza, los tres chorreando agua, tratando de recuperar el aire y sin saber qué hacer. Había salido mal. Todo había salido mal.

5

Nazareno se tocó la cabeza.

—Perdí el birrete —dijo, con tal cara de tristeza que Lucas y Rocío, a pesar de las circunstancias, largaron una carcajada.

—No sé de qué se ríen *ustedé*. ¿*Sabé* qué te hacen cuando *perdé* el birrete? ¿*Sabé* lo que te hace don José si no *cuidá* el uniforme? Calabozo te puede *hacé*. Y yo nunca fui al calabozo. Nunca.

Lucas y Rocío se miraron tratando de aguantar la risa, pero no lo lograron. Otra carcajada. Nazareno, enojado, les dio la espalda.

—Perdoná, Naza. No nos reímos de vos... Es que de todo lo que te pasa, perder el birrete es lo de menos...

—No, no es lo de menos. Yo prometí que lo iba a *cuidá*. Di mi palabra...

—También perdiste dos caballos, Naza... —le recordó Rocío—. No es por decir, pero me parece que eso es un poco más grave.

6 —¡Los caballos! —gritó Nazareno parándose de un salto y corriendo a mirar adentro del tanque. Recién en ese momento se dio cuenta.

—No van a estar ahí, Naza —trató de hacerlo entrar en razones Lucas—. Andá a saber adónde van a parar los animales cuando entran en el túnel. Capaz que con ellos no funciona...

—¿Qué túnel?

—El túnel este del agua, del tiempo, no sé cómo llamarlo. El que nos lleva de una época a otra —trató de explicar Lucas.

—¡No seas complicado, Lu! Es el agua del tiempo, como le dicen todos.

—¿Todos?... ¿Quiénes son todos? —se enojó Lucas. Su hermana siempre decía lo primero que se le ocurría sin pensar.

—Todos los que... todos los que saben, eso.

—No importa, Rocío... Sea lo que sea, mis caballos desaparecieron. *Tené* razón. Yo no puedo

volvé. No puedo ir delante de don José sin caballos y sin birrete —los interrumpió Nazareno.

Lucas y Rocío se miraron alarmados. ¡¡¡¿Estaría pensando en quedarse?!!!

Nazareno se dejó resbalar con la espalda apoyada en el tanque hasta que quedó sentado en el piso, mirando al vacío.

Y no era para menos. A pesar de estar en la terraza de una casa de la ciudad de Buenos Aires (la de la abuela de Rocío y Lucas, para ser más precisos), Nazareno era un granadero de San Martín. Bueno, ahora que había crecido era granadero, pero cuando Lucas y Rocío lo conocieron, en 1810, Nazareno tenía trece años y vivía con su mamá y sus hermanas en la casa de don Nicolás Rodríguez Peña. Eso fue en el primer viaje.

Viaje... ¿Se puede hablar de viaje cuando uno se cae en un tanque de agua y aparece en un aljibe de 1810 o en una fuente de París en 1847 o en un pantano de Córdoba en 1816? Porque esos eran los tres lugares a los que los había llevado el agua. El agua del tiempo, como decía Rocío.

Sabían que el agua podía trasladarlos de una época a otra, lo que no sabían era cómo elegir

adónde querían ir. El agua era inmanejable. Había que tirarse y dejarse llevar. Por eso, los tres sabían que, aunque Nazareno se tirara al tanque, nadie podía garantizar que fuera a volver al ejército de granaderos y a 1816.

8 Recién habían estado ahí, festejando la Declaración de la Independencia en Tucumán, jugando con Juan Bautista Alberdi y acompañando a fray Justo Santamaría de Oro en su diligencia. ¡Qué lejos parecía todo!

Cuando tuvieron que volver, Nazareno los había acompañado hasta el pantano que los iba a llevar de vuelta. Habían ido a caballo porque quedaba lejos. Todo estaba saliendo bien. Lucas y Rocío ya se habían metido al agua, que casi se había puesto en movimiento cuando los caballos, asustados, corrieron hacia el pantano. Nazareno se lanzó a rescatarlos y a partir de ese momento todo fue confusión. El agua del pantano giró y giró, como siempre, tragándose a los tres chicos y presumiblemente a los dos caballos.

Y ahí estaban, los tres sanos y salvos, pero sin caballos y en la época equivocada.

—Levantá el ánimo, Nazareno. Ya sabés que en cuanto quieras volver te podés tirar al tanque y listo.

—*Vo sabé* que eso no es cierto, *pescao* —Nazareno lo llamaba pescado desde que lo había rescatado del fondo del aljibe en 1810—. Nadie me asegure que pueda volver a 1816. ¿O te *olvidá* que una vez fuimos a parar a París? Esta agua *ta loca*, hermano.

—Bueno, aquella vez algo salió mal —tuvo que reconocer Lucas.

—¿Aquella vez? Siempre sale mal, hermano, siempre —Nazareno estaba de mal humor, definitivamente.

—¿Mirá si te perdés el cruce de los Andes? —comentó Rocío.

Lucas le dio un patadón. Ya bastante mal estaba Nazareno como para recordárselo, aunque era posible que se lo perdiera, su hermana tenía razón.

Y fue entonces cuando escucharon un relincho. Nazareno pegó un salto y se le iluminaron los ojos. Otro relincho. Esta vez los tres corrieron a asomarse al tanque.

—¡Ey, Mancha! Acá estoy, Mancha. Ahorita te saco, aguantá... No te me *vayá a ahogá* justo ahora —gritaba Nazareno.

—¡Pará, vas a despertar a mi abuela! —le pedía Lucas.

—¡Te quiero ver explicándole a la abuela que tenemos un caballo en la terraza! —se rio Rocío.

—¡No podemos sacarlo de ahí, Naza! Pesa mucho, tiene cuatro patas... No podemos... —Lucas intentó que Nazareno entrara en razones.

10 —Yo no lo pienso dejar ahí *pa* que se ahogue, *pescao*. Es mi caballo. Es el Mancha, ¿*entendé*? Y si *vo* no me *vua ayudá*, yo lo saco solo.

—Yo te ayudo, Naza, no te preocupes —se ofreció Rocío.

Los dos la miraron como quien ve a un marciano. Rocío no podía ayudar a nadie, menos a un caballo enorme que se ahogaba en un tanque de agua.

El caballo volvió a relinchar.

—*Ai va*, Manchita, aguantá, no te me *ahogué*, ¿*queré*? ¿*Me vua ayudá* o no, *pescao*?

Lucas no tenía alternativa. Sabía que lo que iban a intentar era un fracaso seguro, pero no se podía negar a un pedido de su amigo.

Este fue el plan: Nazareno se tiraba al agua, le ponía la soga al cuello al caballo y volvía a subir para ayudarlos a tirar.

Hasta ahí, todo fue bien. El lazo quedó bien fuerte, Nazareno tranquilizó al caballo y trepó por la soga. Empezaron a tirar. El caballo, que claramente sentía que no pisaba tierra firme, abría las cuatro patas y las apoyaba contra las paredes del tanque. Eso, más que ayudar, lo frenaba.

—¡Aflojá, Mancha! ¡Aflojá! —gritaba, casi le rogaba Nazareno.

11

Pero se ve que el caballo no lo escuchaba o no entendía. Cansado él también, relinchó y se dejó caer.

La consecuencia es fácil de imaginar: todos al agua, de a uno. Primero Nazareno, después Lucas y por último Rocío. Todos arriba del caballo, que, en vez de flotar, se hundió hasta el fondo. Nazareno se agarró fuerte de su cuello. Rocío y Lucas no llegaron a tanto. El agua empezó a girar y ya no vieron nada más. No tuvieron tiempo ni siquiera para despedirse, y eso que no sabían si volverían a verse alguna vez en la vida. El agua tenía la última palabra.

CAPÍTULO 2

ALGÚN DÍA, DE ALGÚN AÑO, EN ALGÚN LUGAR

12 El pasaje esta vez fue rápido, o a Lucas le pareció más rápido que los anteriores. Sería que se estaba acostumbrando.

La salida del agua, sin embargo, fue tan complicada como siempre. Por empezar, al asomar la cabeza se golpeó contra algo duro y, antes de que se pudiera dar cuenta contra qué se había dado, tuvo que esquivar el palazo que alguien le tiró.

Se sumergió y nadó unos metros para alejarse. Los palazos seguían. ¿Dónde estaba? ¿Por qué le pegaban? ¿Dónde estaba Rocío?

Los golpes no le permitían dejar la cabeza afuera del agua para ubicarse. Tenía que nadar bien profundo para poder esquivarlos. Para colmo, recién estaba amaneciendo y solo distinguía sombras. Eso sí, voces había muchas. No sabía dónde estaba, pero había una multitud a su alrededor.

Se sumergió una vez más y trató de nadar lo más lejos posible para ver si zafaba de los palos. Lo logró. Sacó la cabeza fuera del agua y se quedó flotando, girando sobre sí mismo.

No eran palos, eran remos. Tendría que haberse dado cuenta. Y remos de... ¿cuántos botes? Miles. ¿Dónde estaba? Escuchaba las voces con claridad, pero no podía entender lo que decían.

13

—¡Ro! —llamó sin gritar demasiado. No quería que lo vieran, no sabía si esos hombres eran buenos o malos—. ¡Naza! —intentó.

Ninguno de los dos contestó. Se le hizo un nudo en la garganta. ¡Que no se hubieran ahogado, por favor! Volvió a girar sobre sí mismo. Eso no era un río, era un mar, aunque no tuviera olas. ¿Estaría en el Mediterráneo? ¿Cómo iba a encontrar a su hermana en el medio del mar?... Lo único que lo consolaba era que Rocío era muy buena nadadora, pero si había caído muy lejos...

Entonces escuchó su voz. Durante un instante pensó que la escuchaba adentro de su cabeza, de puras ganas de verla, pero no, era Rocío en persona, parada sobre un bote, rodeada por un montón de hombres desconocidos y gritando: